



**ANTROPOLOGÍA POÉTICA O DIARIO DE CAMPO DE LA VISITA A LAMONTAÑA  
DE LOS SHUAR**

(Diario de campo de las experiencias vividas en la Comunidad Shuar de Tawasap, Amazonía del Ecuador, agosto de 2010)

**ANDRÉS HERRERA**  
andresherrera78@gmail.com  
www.anku.com.ar

**RESUMEN**

Me había comunicado tres años atrás con Tzamarenda, ya que yo estaba muy interesado en ir a conocer la propuesta de la Universidad de las Ciencias Ancestrales, en la Mura Yawints' de los Shuar, porque era justo el tipo de conocimiento desde fuera de la academia que estaba buscando, de alguna forma poder pensar las legitimizaciones de los conocimientos ancestrales sudamericanos. Fui invitado, y aproveché la oportunidad tiempo después, cuando me encontré de gira artística / antropológica junto a mi compatriota Zal el Juglar, la colombiana Ángela Dussán y otros miembros del Anku Ensemble, recorrido que comenzó en el noroeste de Argentina, luego Bolivia y Perú, para terminar organizando un espacio cultural en el bohemio barrio de Guápulo, Quito, Ecuador. El lugar se llamó La Llave Francesa, ya que fue una forma de replicar el memorable espacio cultural La Llave, en La Ciudadela tucumana, en Argentina, tres años antes de partir. En esta ocasión compartimos casa con unos franceses, y por ello el nombre a tono humorístico de nuestro nuevo espacio, al que luego se le sumaron ecuatorianos al equipo de trabajo. Desde esa experiencia urbana, es que me decidí a *bajar hacia la selva hasta que se acabara el camino*, y encontrar a los Shuar.

**PALABRAS CLAVE:** Amazonía, Shuar, antropología poética, ceremonia, ayahuasca.



## RESUME

I had communicated three years ago with Tzamarenda, since I was very interested in going to know the proposal of the University of Ancestral Sciences, in the Mura Yawints' of the Shuar, because it was just the type of knowledge from outside the academy that I was looking for, in some way to be able to think about the legitimization of South American ancestral knowledge. I was invited, and I took advantage of the opportunity some time later, when I was on an artistic / anthropological tour with my compatriot Zal el Juglar, the Colombian Ángela Dussán and other members of the Anku Ensemble, a journey that began in northwestern Argentina, then Bolivia and Peru. , to finish organizing a cultural space in the bohemian neighborhood of Guápulo, Quito, Ecuador. The place was called La Llave Francesa, as it was a way of replicating the memorable cultural space La Llave, in La Ciudadela in Tucumán, Argentina, three years before leaving. On this occasion we share a house with some French people, and therefore the name in a humorous tone of our new space, which was later joined by Ecuadorians to the work team. From that urban experience, I decided to go down to the jungle until the road ended, and find the Shuar.

**KEY WORDS:** Amazon, Shuar, poetic anthropology, ceremony, ayahuasca.

A continuación, algunos recuerdos fragmentarios no lineales de mi estadía en la Montaña Sagrada de los Shuar:

### I

Viajando desde la ciudad de baños hacia el Puyo, uno llega luego a Palora, en donde el olor y las sensaciones de selva ya lo empiezan a abrumar a quien viene desde los andes. El viaje mismo es vertiginoso y yo sentía una tremenda expectativa por llegar a algo que imaginaba una puerta difusa en el fin de los caminos, que me llevaría a adentrarme a una tierra sin tiempo. Esa puerta llegó, o al menos entendí que cuando me dijeron que era el último puente de la ruta, era el tiempo de adentrarse, justo al anochecer, en el verdadero y sonoro amazonas. Es un puente colgante larguísimo el del río Upano, movedizo porque ya se hacía de noche y mucha gente lo cruzaba a las apuradas para llegar a casa. Las miradas se vuelven inquietantes una vez que se está cruzando el río, no son las mismas que cuando se está en el bus, más allá de que se trate de las mismas personas...



Del otro lado está la pequeña comuna de 16 de agosto, en la que las personas se iban perdiendo entre sus puertas de casa. A la hora más o menos acordada, miré hacia un lado y me encontré con dos niños con ropas tribales, unas plumas en sus cabezas, y una lanza llevada por el mayor de ellos. Eran hijos de Tzamarenda, uno de ellos llamado Natem (nombre de la ayahuasca para los Shuar), y con poquísimas palabras en castellano me dijeron que los siguiera...

Después de un largo rato de caminar, En medio de una oscuridad extremadamente viva, porque los sonidos de alimañas se vuelven casi ensordecedores cuando anochece, dimos con una senda ascendente. Yo que pensaba que lo de la montaña era una metáfora, me di cuenta que ese camino apuntalado por piedras y tocones de madera clavados iba subiendo hasta que empezaron a aparecer unos escalones rústicos que bien podrían ser de alguna escena cinematográfica de alguna ciudad perdida.

Los pequeños guías caminaban con seriedad, haciendo cada tanto un ruido que sonaba a imitación de algún ave nocturna, hasta que en un momento se detuvieron y empezaron a hablar en tono agitado, que coincidió con el momento en que vi hacia delante nuestro a unos veinte metros o quién sabe, dos lucecitas redondas verdes, fosforescentes, que de miraras fijas unos segundos se volvieron un par de ojos de algo que parecía estar acechándonos, con un sonido ronco de felino enojado. Era un jaguar o vaya a saber que gato, pero de seguro grande y confiado, ya que no retrocedía ni azuzándolo.

Ahí entendí dos cosas rápidamente; que en la selva, nada ni nadie retrocede, ya que todo se quiere comer a todos, sea animal, gente o planta, por lo que agarre una varilla de fierro que desarmé de la mochila. Y lo segundo, es que los jóvenes guías venían llamando desde hace rato a su padre con sus ruidos guturales.

Al poco tiempo se escucharon unos pasos de alguien que efectivamente venía corriendo hacia abajo, pisando fuerte con los pies descalzos, hasta que pude ver aparecer a un shuar llegando desde atrás del felino, tirándole piedras, golpes de lanza e improperios desconocidos. Era Tzamarenda, descamisado y con una especie de pantalón blanco y negro de rayas verticales, quien agitado alcanzó a decir:

“bienvenido, hermano Andrés, has llegado muy de noche para entrar a la selva...”

## II

Los Shuar son los famosamente conocidos de forma despectiva como **Jíbaros** o salvajes; denominación etnocéntrica y racista, por lo que ellos reivindican su derecho a autodenominarse como **Shuar** que significa gente, persona. Cercanos a ellos están otros grupos étnicos emparentados, como los a c h u a r y los k a n t u a s h.

Ellos educan a sus hijos a ser tolerantes para resolver conflictos entre las tribus, pero el mayor dogma de los Shuar es que **el hombre nace libre, vive libre y muere libre**.

Y es por eso que los misioneros no pudieron con ellos, les era más difícil convertirlos al cristianismo, y definían a un shuar como “*amigo del ocio y del placer, enemigo de toda ley o*



*traba que obste a su absoluta independencia".* el shuar siempre ha mostrado aversión hacia cualquier forma de jerarquía y creencias que no puedan comprobar directamente.

Tiempo después leí el libro de Fericgla, en el que cuenta que a los Shuar les cuesta mucho creer a los misioneros, porque **sólo creen en lo que ven a través del natem.**

Los españoles nunca pudieron conquistarlos, porque primero intentarlos engañarlos con que venían a vivir en paz, pero *adentro de ellos había algo oscuro.* Los ancestros Shuar les brindaron una bienvenida, dándoles comida y espacio de tierra en símbolo de amistad. Pero esos españoles abusaron de la hospitalidad y de la belleza de las mujeres. Al no poder combatirlos con sus lanzas, los Shuar intentaron atemorizarlos con cantos nocturnos, tocando tambores y troncos ahuecados; luego envenenaron las aguas de los ríos, con lo que los fuerondebilitando, y finalmente cortaron las cabezas de los rehenes y les practicaron **el rito de tianza o reducción de cabezas** del enemigo español, con lo que finalmente lograron generarles terror y espanto, y fue ahí cuando los guerreros de la selva comandados por el guerrero *kirú* atacaron con toda la fuerza sobre los que quedaban.

A todo el que llega a la comunidad se lo recibe con un **ritual de toma de plantas** para la salud, por un lado, con el líquido de la hoja del tabaco, que lo ofrecen para aspirar, ya que esto limpia las vías respiratorias y a la vez *despierta el espíritu* para entrar en conexión con el mundo de la selva. El efecto da un mareaje de unos minutos, un ardor en la nariz y la garganta, para luego sentir un alivio y frescura sobre las fosas nasales que quedan despejadas. Luego se ofrece un líquido de color rojo, muy refrescante, que extraído de diversas plantas, que también es medicinal y protege al estómago, sobre todo ha de servir al que viene de afuera y no está acostumbrado a los alimentos de la selva.

En las caminatas por la selva, pude probar otras plantas que me ofrecieron de lo que llaman su botica o **farmacia natural**: unas hojas que las mastican cuando tienen que caminar mucho, ya que les da mucha energía. Otra planta rastrera la llamó *anestesia shuar*, por sus propiedades para amortiguar el dolor, y que al poco tiempo de masticarla me dio un ligero adormecimiento de la lengua. Así como también otras para la digestión e inclusive para el deseo sexual.

También tienen una planta que se mastica por un rato y da una coloración oscura a los dientes, que sirve para protegerlos. De hecho, Tzamarenda cuenta que una vez unos arqueólogos encontraron una tumba en la selva, pero los únicos restos que se conservaban firmes eran los dientes, gracias a ese esmalte oscuro de la planta que usan para la asepsia.

**Espacio ceremonial.** En el primer amanecer de mi llegada me levanto a que mis ojos reconozcan a donde estaba, y me doy cuenta de que es una pequeña montaña elevada unos cincuenta metros quizás por sobre el llano de la selva. En la misma hay tres construcciones de casas por unos metros debajo aún de un espacio circular delimitado con unos palos clavados de unos treinta cm, y en cuyo centro hay clavadas dos lanzas de madera de más de dos metros.

Es el espacio ceremonial de la montaña sagrada, sin dudas. Observando el suelo se puede notar de que estamos en un montículo, lo que desde la arqueología se suele explicar cómo sucesivas ocupaciones temporales sobre el mismo lugar, a lo largo de mucho tiempo. Esto lo corroboré luego con Tzamarenda y Fidel, que me cuentan de que la montaña ha sido usada



desde tiempos inmemoriales por sus ancestros, como lugar ceremonial de encuentros y política de grupos shuar.

Asimismo, en el círculo del espacio ritual, he visto a los niños jugar a diario a un juego similar a la rayuela. No parece pues que haya una separación entre lo profano y lo sagrado, sino que, así como en el juego, se vivencia esos mundos de forma integrada, entre lo lúdico cotidiano y la seriedad de los mayores.

Cercanas a la montaña de la comunidad Tawasap, hay varias aldeas más en un mapa imperceptible desde dentro de la selva más cercana. La estructura es de grupos clánicos como sociedades igualitarias y autárquicas, en donde los líderes suelen ser guerreros o chamanes, a los que se les llama **uwishint**, y que son elegidos situacionalmente.

Los uwishint son los que más veces han visitado la verdadera realidad, ya que toman natem y maikiua (floripondio) para visitar ese mundo real y desde allí poder curar a sus pacientes. Para ello guardan tres días de ayuno y abstinencia sexual, antes de consumir. Ellos son capaces de **ver las “flechas” que causan las enfermedades**, y extraerlas. Ellos creen que las flechas son arrojadas por malos espíritus, y que en el mundo físico son invisibles.

Las tomas de natem se hacen de manera grupal entre hombres, mujeres, ancianos y niños, y en ocasiones de las celebraciones de la tribu pueden durar varios días. En esas fiestas, que suelen ser en enero, se realizan diferentes actividades o juegos de guerreros, como bailar en el círculo ceremonial, unos pasos que incluyen lanza en mano de cada danzante, puesto que el baile shuar es arte de guerrero a la vez. Otros juegos de valor consisten en trepar lianas de más de diez metros en menor tiempo, y también la competencia de lanzamiento a mayor distancia de las lanzas de madera de chonta.

Tzamarenda dice que **el natem nos conecta con la realidad**, así se puede sentir lo que verdaderamente se quiere, porque muchas veces se siente lo que los ojos ven, pero uno tiene que *sentir y querer lo que uno siente, y no lo que veo, porque los ojos engañan*.

Un guerrero shuar debe ir alcanzando **el arutam**, que es el poder que reside en las cascadas, de esa forma se hará más reconocido en su comunidad. La forma de alcanzar el arutam se transmite oralmente de los hombres sabios hacia los niños, que serán llevados por unos días a caminar por la selva para así transmitirles el conocimiento shuar.

Cuando cumple once años el niño es llevado por un chamán o uwishint hacia una **cascada sagrada**, en la que tomarán natem y le enseñará a interpretar los sueños y a encontrar el poder arutam.

A los **niños shuar** se los educa en los valores de la valentía, rasgo elemental de un guerrero. Por las siestas he visto a varios niños jugando a balancearse con una liana al borde de un precipicio, de la forma más natural, muy diferente a la educación lúdica de un niño de ciudad.



**Contra el colonialismo arqueológico.** De hace algún tiempo recuerdan en Tawasap a unos arqueólogos que quisieron excavar el montículo sagrado, porque vieron la riqueza en información que se podría lograr sobre el pasado shuar. A lo que ellos se negaron rotundamente, considerando una grave invasión de su espacio ritual, y que si necesitaban saber sobre la historia shuar, que se la preguntaran a ellos ya que la conocían a la perfección, porque se la vienen transmitiendo de forma oral. Posteriormente, tales arqueólogos excavaron en otras zonas cercanas de la selva y publicaron una historia sobre los shuar y los achuar, definiendo por períodos arqueológicos arbitrarios y caprichosos, lo que hizo enojar a los shuar, quienes reclamaron que no los habían tenido en cuenta a la hora de contar sus testimonios sobre su pasado, Tzamarenda les dijo que fueran a excavar a los lugares de los andinos, porque ellos si fueron colonizados, a ellos si hay que contarles su historia perdida, a nosotros no, porque los shuar si la recordamos.

Tzamarenda se llama además Stalin, y su padre se llama Fidel. Al parecer en los años sesenta anduvieron por la selva los curas de **la teología de la liberación**, que inclusive habrían influenciado en las reorganizaciones políticas de los Shuar. Quizás ese sea la explicación para los nombres revolucionarios mestizos.

**Los jefes shuar usan una corona de plumas** del tucán tawasap, teñidas de rojas, amarillas y azules. El distintivo se obtiene probando diferentes habilidades de guerrero, *inteligencia espiritual* y capacidades para defender a su pueblo. El color rojo representa a la sangre; el amarillo a las flores, las frutas, las mujeres y los niños; mientras que el azul representa a los sueños sobre el universo.

Así como todo guerrero para poder obtener **casamiento** con una mujer debe sortear una serie de difíciles pruebas que tienen que ver con aguantar el dolor, y así mostrarle al padre de la mujer, que el pretendiente podrá protegerla de los peligros de la vida en la selva. Una de las pruebas es trepar y meter la mano en un hormiguero de los que en la selva se forman en las copas de altísimos árboles.

Los Shuar pueden casarse con **varias esposas**, siempre y cuando demuestren que ellos pueden mantenerlas, siendo valientes guerreros ante la adversidad, buenos cazadores y pescadores, para que nunca les falte comida. Actualmente sucede poco de que haya poliginia, debido a la influencia cercana del cristianismo.

En Una de las noches de selva hemos compartimos un fogón con amigos y parientes de Tzamarenda, tocando instrumentos nativos. En un momento me cedieron un tambor con una piel rugosa muy extraña, que después de tocarla, me dijeron que se trataba de **piel de anaconda**. Era de un shuar que estaba pescando una vez, y en la quietud del momento sintió una presencia a un lado suyo, adivinando una sombra con el rabillo del ojo. Tuvo la suerte de girar despacio y así pudo ver al lado suyo a una enorme anaconda que se alzaba expectante sobre él. Con la fortuna de haber agarrado su escopeta a tiempo para asestarle un balazo antes de que ella se lo comiera a él. Tzamarenda dice que ha sabido que en los documentales científicos se habla de anacondas de doce metros, pero dice entre risas de que esos científicos no han buscado bien, ya que los Shuar saben que las anacondas las hay de hasta quince metros. La música que me dejaron grabar de esa noche, luego la mezclé con beats electrónicos



y terminó editada en el disco “Spondylus en Shuar”, del Anku Ensemble.

En un **sueño de natem**, Tzamarenda se vio volando sobre la selva, y hacia abajo podía ver muchas personas, que luego logró ver que todas esas personas tenían su cara, eran él mismo. Cuando despertó, pintó su rostro ensoñado que luego se lo tatuó en el pecho, sobre el corazón, porque cuando saluda se toca siempre el pecho en donde está esa cara tatuada, tocándose el corazón como símbolo de respeto a todos sus hermanos, a todas las personas que vio como iguales en su ensoñación.

A través del natem, los ancianos shuar, sin conocer las ciudades, formularon una propuesta de cifras exactas de árboles que habría que plantar, en lo que para ellos sería la solución para **equilibrar la ecología del mundo**, ya que ellos perciben el cambio climático desde su hogar, la selva.

Un día Tzamarenda me pintó en la cara una guarda shuar de color rojo, en representación de la amistad. Y otro día fue con una tintura negra que quedó como un **tatuaje temporal** de varios días, un dibujo diferente que en color negro tiene que ver con los sueños sobre el universo.

Otro día, hablando de viajes que cada quién había hecho, Tzamarenda me contó que su máximo sueño por cumplir era el de realizar un **viaje en canoa** con todos sus hijos a través de los ríos amazónicos hasta Brasil, y así poder conocer y distinguir todos los paisajes de la selva. Recordé que en 2001 había yo tenido la experiencia de haber navegado en canoa nomás media hora pero que había sido una experiencia inolvidable, por el mismísimo Ecuador, quizás muy cerca de donde estábamos ahora, pero yo no habría sido capaz de reconocer un paisaje diferente de otro dentro de la selva.

### III

Pasan los días y yo sigo pensando como preguntarles si puedo **participar en una toma de natem**. Hasta que, en una noche de asamblea tribal, en la que según me tradujeron, se debatían temas a resolver colectivamente por los Shuar de la zona. Esperé hasta que Fidel, traducido por su hijo, me preguntara sobre lo que iba aprendiendo con ellos, y ahí fue el pie que esperaba para pedirle formalmente el participar de una toma, y que a cambio ofrecía trabajar con ellos a modo de trueque. A lo que Fidel, el padre de Tzamarenda, respondió con una carcajada sin malicia bromeando con otros Shuar, presentes, a lo que tradujeron diciendo que **“en la selva los trabajos son más duros que en la ciudad”**; yo accedí respondiendo con otra broma. Y luego me dijeron que iríamos a pescar al día siguiente, y que debía guardar ayuno desde la mañana hasta la noche, en la que se daría el ritual.

Al día siguiente, creo que Fidel decidió a través de sueños, de que no era buen momento de los ríos, que no habría muchos peces, por lo que fuimos a una finca shuar de bananos, bajando por la montaña. Luego de una divertida jornada a puro machete, bajando los cachos de plátanos verdes que serían alimento para tres familias durante un par de semanas, procedimos al traslado de los mismos a hombro, y por postas dividimos el camino de vuelta hacia la cumbre.

Esta vez pude apreciar a la luz del día **el paisaje cultural de este místico hábitat de la montaña shuar**, que lo reconfigurábamos en una organización similar a las de las hormigas,



nosotros los caminantes cargadores de plátanos verdes, en el ayuno solidario de los hermanos que esperan la noche del natem.

Oscurece, y después de un largo descanso meditativo, nos acercamos todos a la primera cabaña de madera, en la que tomé las primeras medicinas de bienvenida. Fidel está esperando y avivando un pequeño fogón en el centro de la habitación de piso de tierra, acompañado por su hijo Tzamarenda como ayudante. Fidel Comienza a fumar su tabaco en una pipa, y luego levanta del piso un cuenco de piedra en el que ha servido el líquido vegetal, bebe un poco, y lo alcanza por turnos a cada uno de los que lo esperan. La ayahuasca sabe a nada parecido, es muy amarga, áspera, espesa y extraña. El líquido va haciendo vibrar las entrañas, mientras se espera. Tiempo después, no sabría decir si veinte o treinta minutos quizás, empiezo a sentir como si me fuera hacia adentro, una invitación a fluir hacia la introspección. El uwishint Fidel comienza con sus cánticos totalmente extraños para mí, son los ícaros del chamán, unas melodías que las siento como desde muy lejos e incrementándose.

Tiempo después, me viene un mareaje que comienza a ser insoportable porque me acude una sensación de vértigo tremendo, que quizás las traigo desde niño conmigo, por lo que he atinado a acostarme directamente en el piso de tierra, cerca del fuego, buscando no caerme hacia ningún lado. Le hago una seña de estar bien a mis amigos chamanes. Fidel se acerca y me sopla humo de tabaco sobre la cabeza, algo que se siente refrescante en la frente, el efecto es pacificador para el mareaje de la mente. Desde el piso, ya con los ojos cerrados comienzo a percibir sonidos a una intensidad exagerada que no había sentido en todos los días de la selva. A algunos pocos los reconozco, pero me doy cuenta de que la mayoría de esos sonidos yo no sabía que estaban... me parece fantástico poder escuchar a la selva como algo contenedor, todo vivo y que se comunica con sus propios ritmos y combinaciones de sonidos. Y es ahí cuando también los sonidos se vuelven luces oscilantes y aleatorias, pero recurrentes.

Comienzo a ver destellos y algunas formas, todo en colores fosforescentes de una belleza como nunca lo había percibido. Pequeños destellos geométricos azules y verdes, sobretodo, verdes, combinados con ondulaciones, círculos y zigzagueantes. A algunos puedo asociarles sonidos, siento la presencia de los ríos amazónicos, siempre ondulando y en movimiento, apareciendo y desapareciendo como en fotogramas. Después de un largo rato imposible de medir, me doy cuenta de que si quisiera hablar no podría. De nuevo vuelve el mareaje vertiginoso, la sensación de caída hacia la nada de apodera de mí. Y empiezan a venir pensamientos, pero fragmentados, a una velocidad imposible de conectarlos de forma lógica, incontrolables.

Entiendo una ruptura de la racionalidad que me lleva por esa metáfora ondulante de los ríos... y de la serpiente, que como una espiral me lleva de paseo por mis recuerdos. Noto que puedo prestar atención a diferentes formas de ser yo, de cómo he ido siendo en diferentes edades de mi vida. Pero no es como un cambiar de canal, sino algo que va sumando partes de comportamientos de forma que se empiezan a juntar todos al mismo tiempo, fragmentos de pensamiento en simultáneo. Una voz interior y tácita me sugiere que elija entre la importancia de ellas, como quién juega a un rompecabezas, nunca mejor definido como un rompe-cabezas. Vamos a ver como lo armás, algunas partes podrían quedar de lado, y rearmar con las mejores si quisieras, es lo que me sugiere o es lo que me sugiero. Montando y desmontando me la paso una eternidad o quizás unas horas, me divierte y reconforta. Repentinamente, Fidel sopla



tabaco de nuevo a cada participante, puedo verlos y puedo ver al mismo tiempo mi mente esquematizada en torno a la percepción del río y sus ondulaciones. Es como estar entre dos mundos a la vez, entre la choza de piso de tierra y las visualizaciones del Amazonas nocturno, o quizás una integración de éstos. Canta sus últimos ícaros, y se despide. Puede ver en su rostro desfigurado una tranquilidad diferente, recoge unas cosas, entre las que veo que tenía un rifle. Tzamarenda queda a cargo de los cantos, que también mezcla con algunas preguntas en castellano que me hace. Siento los pasos de Fidel descendiendo la montaña sagrada tawasap a largas distancias, ya que mis oídos se han amplificado y fusionado con la intuición. A lo lejos escucho unas palabras de Fidel o quizás unos conjuros, luego un rugido salvaje, y seguido un repentino estruendo, para finalizar en un llanto de una fiera que huye entre la vegetación.

Recuerdo mi llegada y los ojos fosforescentes al acecho, la selva te come, y por eso uno aprende a ser un guerrero, pero la selva te hace parte de ella.

Tzamarenda despierta a todos los invitados del aletargamiento, aún de noche, e invita a uno por uno a ayudarlo a caminar, puesto que nadie puede ni siquiera mover un pie delante del otro pie. Me acuesto en mi cama de madera, y me duermo con los ojos abiertos hacia el cielo de estrellas que se deja ver por un agujero del techo de paja de la choza circular.

### IIII

Tiempo después de estar con los Shuar, encontré que el catalán Fericgla había dicho que, el ritual de toma de ayahuasca de los Shuar es de los más **despojados de parafernalias religiosas**, por lo que se hace más simple poder observar la relación entre lo psicotrópico y el pragmatismo de sus pautas simbólicas. Recordé sobre lo simplista del ritual en el que participé, y que a la mañana siguiente el uwishint Fidel nos dijo a todos los que habíamos tomado ayahuasca, que fuéramos al arroyo, que con bañarse el efecto se le va a uno y termina de despabilarse. a lo que le respondí y luego le tradujeron, de que no quería yo que se me fuera el efecto aún, que prefería seguir disfrutando del natem de día, con lo que Fidel estalló en una risotada muy natural, sin ni siquiera mostrar que lo de bañarse era una regla, todo lo contrario, sólo quedó a tono de recomendación.

Después de la sesión de toma de natem, anduve un par de días con la **visión desenfocada**, pero límpida como nunca la había tenido. Disfrutaba de la intensidad de los rayos de luz sobre las plantas. Buscaba tomar fotos sobre la selva, intentando imitar con la lente a mi visión de ese momento. Lo más impresionante era ver desde la cima de la montaña Shuar hacia el horizonte de la selva ecuatoriana, desde la que emerge un volcán nevado. Me dije que era como estar viviendo lo cotidiano del día desde un vidrio empañado que me recordaba las visiones de la noche.

Años después, leyendo literatura antropológica sobre los Shuar, en la que se decía que ellos tenían una interpretación para todo lo cotidiano en la selva, basada en las ensoñaciones de la ayahuasca, di con que:

Cuando un felino se cruza por una senda, significa que es el espíritu de un brujo enemigo que está acechando...